



La Comunión

Es este un tema que debería escribirse de rodillas. Si tratamos de escribir sobre cualquier tema de la Iglesia y de su doctrina, es como si nos adentráramos por un camino lleno de piedras en las cuales podemos tropezar y caer. Y no es que Iglesia ponga obstáculos en las sendas, en las múltiples sendas por las que nos acercamos a Dios, sino porque dada la limitación de nuestra inteligencia, podemos decir que es blanco lo que debe ser negro, dentro de la más sencilla buena fe. Y de ahí que este tema, -dada su dificultad para los que no hemos estudiado teología-, haya que tratarlo con un amor y con una altura de miras que ponga de relieve todo el misterio y toda la grandeza de la Eucaristía, ese mundo en que se mueve nuestra fe.

A la Eucaristía no podemos penetrar en ella, sin no es movidos por la fe. La fe es un sentimiento del alma y el cuerpo, gracias a la comunión, es templo de Dios y el alma la que, dentro de ese templo, opera el milagro de la fe.

Y todo estriba en una máxima sencilla y grandiosa: Dios está presente en ese trozo de pan consagrado. Pero cuántas veces nuestra fe tropieza con un muro que levanta nuestra tibieza espiritual, esa duda que enfría el corazón y el sentimiento.

Dios es muy sensible al recibimiento que le hacemos al comulgar. Y una voz del coro o un codazo de otro comulgante, o las más de las veces por una pequeñísima distracción de nuestros problemas, puede romper la emoción del encuentro. No ha existido el «coloquio».

En el trato con la Eucaristía, que debe ser limpio, afectuoso, de entrega, puede ocurrir como en el trato con nuestros semejantes. Cuando los vemos o nos son presentados por primera vez los tratamos con mucho respeto, pero después, cuando los hemos conocido, don José pasa a ser Pepe. Puede que socialmente, nuestra intimidad mejore nuestras relaciones, pero ese miramiento, ese deseo de querer dar buena impresión, ha desaparecido. Hay que desvelar, caras ocultas que ofrecer, pero pienso que el amor, divino o humano, hay que conquistarlo día a día, hasta cuando es un hecho consumado, pues todo amor que se da como «hecho» empieza a desaparecer. Decimos: yo he comulgado, qué más quiero. Y nos quedamos durmiendo el sueño de los justos.

La Eucaristía no puede escaparse al signo de los tiempos que nos ha tocado vivir. No quiero decir que la eucaristía haya cambiado en esencia y presencia; me refiero al trato, la relación del cristiano con el Sacramento. Antiguamente no había tantas comuniones diarias, incluso para los que hoy veneramos en los altares. El Viático para los enfermos se realizaba con so-

lemnes procesiones, donde el Santísimo era llevado por el sacerdote con el copón pegado a su pecho. Ahora nos cruzamos con el Santísimo y no nos enteramos. Un seglar lo lleva en una carterita para un enfermo determinado. Y si durante la comunión se caía al suelo una sagrada forma, había todo un rito. Se la cogía y se tapaba con un corporal el sitio donde había estado, hasta que se lavaba con agua donde había caído. Quizá estoy siendo más papista que el Papa, pero a mí, personalmente, cuando veo caer una hostia consagrada al suelo, siento el mismo impacto que cuando veo caer a un niño o a un viejo.

¿Eran peores aquellos tiempos de comunión en la boca y arrodillados? ¿Es mejor ahora que podemos comulgar hasta dos o más veces siempre que estén justificadas con algún acto religioso, como misa de difuntos, etc.?

¿Y esas filas interminables de comulgantes cuando los confesionarios están siempre vacíos? ¿Quizá hemos oído que ahora se puede ir a comulgar sin estar en gracia de Dios, esa teoría lanzada a la calle por el diablo y que la hemos cazado al vuelo, como cazamos una mosca? ¿Cómo podemos ir a comulgar y volver con las manos en los bolsillos, como si regresáramos de sacar una entrada para el teatro?

Dios no quiere que le llamemos de usted, pero tampoco le gusta que esa intimidad a la que nos invita, sea desvirtuada por la frialdad de esa comunión tomada como un trozo de barquillo. Vamos a Jesús, busca un segundo espiritual para el encuentro, ese minuto que es amor, SU AMOR, ese minuto que se sucede a sí mismo en corazón de los cristianos.

Soneto al Soneto fracasado

*Qué hay en el Pan del Cielo que he fallado,
por qué mi pensamiento está perdido,
por qué sin ser ofensa ni ofendido,
no sé cantar a Dios Sacramentado.*

*Por qué esta pura sensación de hallado,
no me deja paciente y socorrido;
que hay en la Eucaristía, que he vivido
la vaga sensación de fracasado.*

*¿Acaso mi corazón, rosa y legado,
como punta de lanza se detiene
ante tanto misterio consagrado?*

*¿Por qué me siento necio y acabado;
Por qué el fracaso que mi pluma tiene
no se cambia en amor para el Amado?*

Antonio Iniesta